

Mirabilis Oriens: fuentes y transmisión

ANCA CRIVÁT-VASILE

El universo maravilloso situado más allá de los límites geográficos comúnmente conocidos, universo que se nos revela mediante la lectura de los relatos medievales de viajes, puede interpretarse como resultado de la incorporación de un tópico que participa de una larga tradición, formalizado primero en textos de intencionalidad informativa, para luego convertirse en lugar común obligatorio para la elaboración de cualquier discurso descriptivo referente a los territorios de los confines del mundo. En efecto, al dedicarse a la tarea de presentar los parajes de Oriente, *terra incognita* predilecta durante largos siglos, hasta el descubrimiento de las Indias Occidentales ¹, todo relato de viajes que bien se precie se organiza en torno a por lo menos una de las siguientes coordenadas:

- lujuriente abundancia vegetal,
- fauna de gran tamaño,
- riquezas fabulosas en oro y pedrerías,
- razas humanas longevas que llevan una vida pura y que se rigen por una justicia intachable,
- monstruos humanos y animales,
- territorios de dimensión escatológica (el Paraíso Terrenal o, al contrario, espacios estructurados como paradigmas del Infierno).

¹ Juan Gil, *Mitos y utopías del Descubrimiento*, Madrid, Alianza, 1992, pp. 21 ss.

Exceptuando el último, los demás componentes del tópico no resultan de un proceso de elaboración perteneciente a la cristiandad medieval, sino que se remontan a los primeros textos histórico-geográficos de la Antigüedad griega para llegar, con el transcurso del tiempo, a formar parte del discurso literario de ficción e integrarse, por vía erudita, en la *forma mentis* del Occidente medieval. Es esta dinámica la que intentaremos ilustrar en los párrafos siguientes.

Los primeros en proporcionar informaciones acerca de los límites orientales del mundo, fueron los viajeros griegos de Jonia que emprendieron sus viajes sea por haber sido encargados con el cumplimiento de alguna misión exploratoria (el caso de Skylax de Karyanda), sea a causa de la necesidad de exiliarse como consecuencia de situaciones políticas desfavorables (Hecateo de Mileto). Es Skylax el más antiguo explorador de la India y en su GRIEGO aparecen ya elementos del cuadro de las maravillas indianas (esciapodas, pantios, monóculi)². Mas el precursor de todo discurso de tipo histórico y geográfico fue Hecateo de Mileto³; a través de los fragmentos conservados se puede deducir un significativo rasgo característico del discurso «científico» del tiempo: los dominios de estudio no habían todavía deslindado sus funciones así que la geografía, la historia y la etnografía constituían partes integrantes del mismo enfoque descriptivo.

A pesar de que poseamos, gracias a referencias más tardías y al azar de la conservación de los textos, algunos nombres e incluso algunos cuantos fragmentos pertenecientes a los antecesores en cuyos escritos hubiera podido Heródoto hallar informaciones para la redacción de su obra, es este último el autor de la primera descripción detallada que, acerca de las tierras orientales, se nos ha conservado. Observamos que se trata, en las *Historias*⁴, de la presencia del tópico que describe el estatuto especial que en la mentalidad ocupan los confines del mundo, tópico que supone, como variantes, el de las tierras de Oriente o el de las islas afortunadas. La configuración de esta matriz aparece, ya, en el texto de las *Historias*. Así, las tierras de la India —a la sazón, límite oriental del mundo conocido— abundan en oro, (la India sola paga un tributo casi igual al de todos los demás países del imperio persa: III, 94; 99). También goza de esta abundancia Etiopía —el límite austral (III, 114), a la par con el límite occidental (III, 195)—. Hay, asimismo, vegetación lujuriantes y animales de excepcional tamaño tanto en la India (III, 106) como en Etiopía (III, 115) y en los territorios de los confines occidentales (IV, 191).

² Cf. Pauly-Wissowa, *Zweite Reihe*, fünfter Halbband, 619.

³ Cf. Pauly-Wissowa, VII, 2667.

⁴ Herodotus, *Historiarum libri IX*, Leipzig, Teubner, 1931.

Desgraciadamente, tan deseables zonas limitáneas son también la sede de monstruos humanos —al norte, los arimaspes monóculos (IV, 13; 27), antropófagos (IV, 18; 106), cinocéfalos, hombres sin cabeza cuyos ojos están en el pecho (IV, 191)— así como de monstruos animales: serpientes aladas, guardianas de los árboles del incienso, en Arabia (III, 107), hormigas gigantes y feroces, protectoras del oro indiano (III, 102), grifos (IV, 13; 14; 27). En estos parajes marginales, los hombres tienen costumbres extrañas, como la de copular en público (III, 101), pero al mismo tiempo, gozan de excepcional belleza y longevidad (III, 114), gracias a alguna que otra fuente milagrosa que asegura una extensa duración de la vida. El propio Heródoto observa (III, 106) que el destino ha reservado a los territorios de frontera, el privilegio de poseer animales más grandes y riquezas insignes.

La imaginación que se complace tanto en contar historias sobre seres maravillosos (grifos) o poblaciones extrañas (pigmeos, cinocéfalos), como en configurar una imagen idealizada de la India (riqueza, justicia y salud de los habitantes), es característica también de Ctesias⁵, el contemporáneo de Jenofonte, médico de la corte de Artajerjes. Su manera de concebir el texto de la *Indica* sigue siendo la de su tiempo, constituyendo la historia, la geografía, la etnografía y la relación de tradiciones fabulosas un conjunto único, igual que en el caso de su ilustre antecesor; como no parece haber hecho el viaje hasta la India, su experiencia se limita a la información que había podido recoger en la corte persa o al conocimiento directo de productos y animales indianos que llegaban, como tributo, a la misma corte. Aunque en la posteridad, autores para los cuales la intencionalidad científica de la geografía era concepto básico, habían formulado objeciones incrédulas (Aristóteles, *Hist. an.* III, 22; VIII, 28; Arriano, *Anab.* V, 4, 2), Ctesias afirmaba haber cuidadosamente distinguido lo visto de lo meramente oído.

Fue la expedición de Alejandro Magno la que determinó contactos más estrechos del mundo griego con el Extremo Oriente. En este contexto, Megástenes, el embajador del rey Seleuco Nicátor en la corte de Chandragupta escribió los cuatro libros de su *Indica* —fuente para la elaboración de las correspondientes partes de las obras de Diodoro Sículo (*Bibl. hist.*, II, XXXV-XLII), de Estrabón (*Geogr.*, XV) y de Arriano (*India*, VII-X)—. Basta con mencionar, en cuanto al cuadro de las maravillas de la India los pasajes recopilados, a base del texto de Megástenes, por los autores citados: perlas agrupadas en enjambres, igual que las abejas (Arriano, *India*⁶,

⁵ Cf. Pauly-Wissowa, XI, 2033-2038.

⁶ Arrien, *L'Inde*, París, «Les Belles Lettres», 1927.

XV, 4-7, con las reservadas del autor; Estrabón, *Geogr.*⁷, XV, 37, igualmente escéptico —«se admite..., se cuenta»). A pesar de la actitud crítica de sus sucesores, sobre todo de Estrabón quien no acepta, entre otras, la relación de Megástenes acerca de las razas humanas monstruosas —ocasión de pasar revista a los seres portentosos mencionados por sus propias fuentes— la imagen de la India, tal como aparece de las informaciones de Megástenes recopiladas por los sucesores, no deja de parecer encantadora, con sus cosechas abundantes (Estrabón, XV, 28), sus numerosísimas ciudades (XV, 29) con la belleza y longevidad de sus habitantes (XV, 30; 34) y la justicia de sus leyes (XV, 28).

La más antigua descripción del mundo en latín, la *Chorographia* de Pomponio Mela, en cuya elaboración las fuentes griegas tuvieron un papel significativo⁸ manifiesta una notable predilección por los *mirabilia*, que abundan en sus páginas, ilustrando ampliamente el tópico de las fronteras del mundo, tal como se le había transmitido a través de sus precursores. Al recopilar sus fuentes, contamina a veces las referencias etnográficas, prevaleciendo el interés por una imagen global de lo bárbaro y de lo monstruoso. La única tentativa de incluir en el texto una actitud de índole científica es la de aclarar que no se trata de información recogida directamente (III, 9, 91: *dicuntur*; III, 9, 93: *narrant*; III, 9, 99: *ut aiunt*, etc.) Interesada sobre todo por el detalle llamativo, la descripción de las tierras orientales que Mela lega a la posteridad se parece antes bien a una colección de *mirabilia* que a una obra de geografía científica, asentada en los principios indicados por Estrabón (*Geogr.* II, 5, 4). Resulta, de esta manera, un texto ambiguo, sin mérito literario ni tampoco científico y cuya única justificación reside en avivar la curiosidad por lo maravilloso.

La obra que se constituyó en fuente principal de la ciencia medieval fue la *Historia Naturalis*⁹ de Plinio. En su inmensa compilación, de declarado propósito enciclopédico y divulgador (*Praef.*, 11), ocupan lugar destacado los prodigios que desde las primeras descripciones del mundo venían enumerándose; Plinio evita la posible objeción de inverosimilitud, explicándolos por el poder y la majestad de la naturaleza que en cualquier momento supera la humana capacidad de concederle crédito:

Naturae vero rerum vis atque maiestas in omnibus
momentis fide caret; si quis modo partes eius, ac non
totam complectatur animo (VII, 1).

⁷ Strabon, *Geographica*, Leipzig, Teubner, 1852-1853.

⁸ Cf. A. Silbermann, en la introducción a su edición de la *Chorographia*, París, «Les Belles Lettres», 1988.

⁹ Plinius, *Naturalis Historia*, Leipzig, Teubner, 1909.

Otra modalidad de asegurar el estatuto científico del texto es la de citar las fuentes, en largas listas, al comienzo de cada libro, fuentes cuya autoridad se invoca para acreditar la propia obra:

Nec tamen ego in plerisque eorum obstringam fidem
meam, potiusque ad auctores relegabo, qui dubiis
reddentur omnibus: modo ne sit fastidio Graecos
sequi, tanto maiore eorum diligentia, vel cura vetustiore (VII, 1).

O bien:

Nec libet dubitare de gente ea, quam tot auctores
prodant frugum primitias solitos Delon mittere Apollini,
quem praecipue colunt» (IV, 27).

Con lo cual, sigue desarrollando con desenfado el cuadro de las maravillas, enumerando cuantos seres extraños sus fuentes le habían legado; bástenos citar a los Cíclopes (VII, 2), conocidos ya desde la geografía fantástica de la *Odisea*, a los píos hiperbóreos longevos que viven hacia el Aquilón y no conocen la discordia (IV, 27), a los arimaspes en perpetua lucha contra los grifos guardianes del oro (IV, 26; VI, 19; VII, 2), a los antropófagos y andróginos (VII, 3); sin embargo, la India y Etiopía son, por supuesto, los territorios privilegiados de lo maravilloso (VII, 2); además, se configura el cuadro de las maravillas orientales como un universo al revés: gente cuyos cabellos, blancos en su juventud, se ennegrecen a la vejez (*ibidem*). Bástenos la precedente enumeración, no siendo posible mencionar todos los elementos de lo maravilloso, que pululan en las páginas de Plinio; su enorme síntesis, con su estatuto científico asentado por medio de los citados procedimientos, representó uno de los principales canales de transmisión de lo maravilloso antiguo hacia la mentalidad medieval.

Las enciclopedias de la Edad Media utilizan constantemente tales informaciones, transmitiéndolas sin preocupación alguna de veracidad, interesadas sólo en proporcionar fundamento cristiano a toda una suma de conocimientos que gozaban del prestigio de las *auctoritates*. De tal manera, San Isidoro emprende explicar los portentos no por la actuación del poder de la naturaleza (el argumento de su fuente, Plinio), sino por la voluntad divina, siguiendo, en este sentido, las huellas de San Agustín el cual, después de enumerar las razas monstruosas (monóculos, andróginos, blemmyas, esciápodas, pigmeos, etc.) concluye en cuanto a su razón de existir:

Deus enim, creator est omnium, qui ubi et quando creari quid pulchritudinem
quarum partium vel similitudine vel diversitate contexat. Sed qui totum inspicere

non potest, tanquam deformitate partis offenditur; quoniam cui congruat et quo referatur, ignorat (*De civitate Dei*¹⁰, XI, 8).

Y, asimismo, en las *Etimologías*¹¹ de San Isidoro, XI, 3, 1-2:

Portenta esse Varro ait quae contra naturam nata videntur: sed non sunt contra naturam, quia divina voluntate fiunt, cum voluntas Creatoris cuiusque conditae rei natura sit. Unde et ipsi gentiles Deum modo Naturam, modo Deum appellant. Portentum ergo fit non contra naturam, sed contra quam est nota natura.

Además, para Isidoro, los portentos desempeñan una insigne función en el marco de la Creación, la de presagiar el provenir:

Portenta autem et ostenta, monstra atque prodigia ideo nuncupantur, quod portendere atque ostendere, monstrare ac praedicare aliqua futura videntur. (*ibidem*).

Creada la armazón ideológica, se enumeran las maravillas orientales siguiendo principalmente a Plinio y al epítome de Solino, *Collectanea rerum memorabilium*:

– portentos humanos: pigmeos y cynodontes (XI, 3, 7), hermafroditas (XI, 3, 11) gigantes, cinocéfalos, cíclopes (XII, 3, 12), blemmyas (XI, 3, 17), panotios (XI, 3, 19), artabatitas (XI, 3, 20), esciápodas (XI, 3, 23), macrobios (XI, 3, 26)

– portentos animales: unicornio (XII, 2, 12-13) grifos (XII, 2, 17); XIV, 3, 32), camaleón (XII, 2, 18), dragón (XII, 4, 4), basilisco (XII, 4, 6), áspid (XII, 4, 12), salamandra (XII, 4, 36), fénix (XII, 7, 22: XIV, 3, 15)

– riquezas orientales: las piedras preciosas de la isla Tapróbana, el oro y la plata de las islas Crisa y Argira (XIV, 3, 5); especias, animales enormes (XIV, 3, 6).

– el Paraíso terrenal, ampliación cristiana del cuadro de las maravillas orientales legado por la antigüedad, *hortum deliciarum* prohibido al hombre, ceñido de una muralla de fuego (XIV, 3, 2-4).

Los mismos elementos del tópico —exceptuando algunas «contaminaciones» de los seres fabulosos— integran el capítulo XVI (*De Mirabilibus Indie*) de la *Ymago Mundi*¹² del cardenal Pierre d'Ailly, libro que, publicado a

¹⁰ Aurelius Augustinus, *De civitate Dei*, Leipzig, Teubner, 1877-1892.

¹¹ San Isidoro de Sevilla, *Etimologías*, Madrid, BAC, 1983.

¹² Pierre d'Ailly, *Ymago Mundi*, ed. de Edmond Buron, 1930: «Sunt ibi Macrobij XII cubitos longi qui bellant contra griffes», atribuye el cardenal a los macrobios la actividad de predilección de los arimaspes, según Plinio.

finales del siglo xv, iba a formar parte de la documentación de don Cristóbal Colón¹³.

«Cristianizar» el saber antiguo es, pues, una de las misiones del discurso enciclopédico medieval y el cuadro de las maravillas se adapta, en consecuencia, integrándose con estatuto de argumento en la demostración teológica (lo maravilloso es signo de lo divino) sea amplificándose y completando su perfil con elementos nuevos, pertenecientes a la doctrina cristiana (el Paraíso terrenal).

Otra vía de transmisión de lo maravilloso antiguo fue el discurso didáctico manifestado en textos de la categoría de los bestiarios o lapidarios, inspirado principalmente en el *Fisiologo*; el libro no gozó sólo de un extraordinario poder de penetración, pudiéndose identificar huellas suyas en los escritos de los Padres de la Iglesia de los siglos III y IV¹⁴, sino también de una enorme difusión por medio de numerosas traducciones y redacciones en vulgar, así como por medio de encantadoras recopilaciones del tipo de *Fiore di virtù*. Tal discurso alegórico habrá contribuido a infundir a los *mirabilia* el carácter moralizador del simbolismo cristiano de la naturaleza. De esta manera, elementos del cuadro de las maravillas orientales (el basilisco, el ave fénix, la salamandra, el unicornio, etc.), se topificaron como signos del universo moral de la cristiandad.

Finalmente, debió de ser no falta de importancia otro conducto de transmisión: la floreciente literatura del ciclo de Alejandro Magno, que se remontaba a la obra de Pseudo-Calístenes, mediante el epítome de Julio Valerio. Figurando en numerosas bibliotecas medievales, tratado en las escuelas como manual de historia, a la par con las obras de puro carácter científico, el citado epítome contribuyó a difundir «la materia de Alejandro» y, al mismo tiempo, el cuadro de las maravillas orientales que en su marco ocupan destacado lugar. Además, la figura del Macedonio se integró, durante el Medievo, no sólo en textos épicos o de carácter clerical-cortés, sino que figura asimismo en escritos de un tipo diferente, el de los libros de viajes, como en el caso de la *Historia Orientalis*¹⁵ de Jacques de Vitry. No por casualidad, la personalidad literaria de Alejandro está incluida en tal texto relacionado con la predicación de la cruzada; gracias al gusto medieval por el anacronismo, podía aparecer éste como un cruzado *avant la lettre*.

¹³ Cf. Juan Gil, *op. cit.*, p. 123.

¹⁴ Cf. Karl Krumbacher, *Geschichte der Byzantinischen Litteratur*, München, 1891, pp. 455-456.

¹⁵ Cf. la introducción de Claude Buridant a la traducción francesa de la *Historia Orientalis*, París, 1986, p. 13.

Concluiremos con observar que, gracias a diferentes conductos de transmisión –discurso enciclopédico, discurso alegórico-moralizador, discurso de ficción, los *mirabilia*– llegaron a participar en la «boga de Oriente», pauta inaugurada en el Occidente medieval como consecuencia de las cruzadas ¹⁶. En el marco de esta boga es significativa la aparición del tan curioso documento que es la carta del Preste Juan, la cual, dejando aparte su posible implicación ideológica en la disputa de su época, entre el poder espiritual y el temporal ¹⁷, se presenta como un denso compendio de *mirabilia*, sintetizando, prácticamente, todos los elementos que podrían configurar el tópico *mirabilis oriens*.

Siendo su presencia de rigor en un relato de viajes orientales, los autores utilizan el tópico en distintos grados y con funciones varias ¹⁸; desde los textos que intentan mantener el carácter verosímil del discurso, propios del siglo XIII (Plancarpino, Rubrouck, Marco Polo), hasta las entusiastas recopilaciones de maravillas (Mandevilla, *Libro del conocimiento*, *Libro del infante don Pedro*). Con las *Andanças y viajes* ¹⁹ de Pero Tafur cae el tópico en desuso casi total, apareciendo sólo bajo la forma de pálidas y diseminadas alusiones o expresiones de la incredulidad. Es significativa, en este sentido, la inserción en el texto de las *Andanças*, del relato de los viajes orientales de Nicolò de Conti. El tópico *mirabilis oriens* funciona únicamente como elemento integrador del discurso directo del viajero veneciano:

Agora, ésta es la mi vida, el fecho mio a pasado; en lo que á ti toca, yo te ruego por Dios é por el amor que te e, pues eres xpiano é de la tierra donde yo soy, que no te entremetas en tan gran locura, porque el camino es muy largo é trabajoso é peligroso, de generacioes es-trañas sin rey é sin ley é sin señor (...) Después, mudar el ayre, é comer é beber extraño de tu tierra, por ver gentes bestiales que non se rigen por seso, é que, bien que algunas monstruosas aya, non son tales para aver placer con ellas; pues ver montones de oro é de perlas é de piedras, ¿qué aprovechas, pues bestias las traen?

Pero la relación de maravillas se modera al presentar el narrador Pero Tafur, en discurso indirecto, la experiencia de Nicolò de Conti:

¹⁶ Cf. Jean Richard, «La vogue de l'Orient dans la littérature occidentale du Moyen Age», en *Les relations entre l'Orient et l'Occident au Moyen Age*, London, Variorum Reprints, 1977.

¹⁷ Cf. Leonardo Olschki, *Storia litteraria delle scoperte geografiche*, Firenze, 1937, pp. 194-213.

¹⁸ Cf. Eugenia Popeanga, «El relato de viajes de Odorico de Pordenone», *Revista de Filología Románica*, 9, 1992.

¹⁹ *Andanças e viajes de Pero Tafur*, Barcelona, El Albir, 1982, pp. 98-106.

Preguntéle si avía visto cosas monstruosas en la forma humana, así como algunos quieren dezir, ombres de un pié ó de un ojo, ó tan pequeños como un cobdo ó tan altos como una lanza; dize que non sintió nada de todas estas cosas..

El escepticismo de Pero Tafur no es sino el reflejo de una actitud de su tiempo, propenso a valorar negativamente la suma de los conocimientos legados por la época que ya desde el siglo en el cual Tafur había emprendido su viaje, comienza a designarse, con un término despectivo, *medium aevum*.

El Almirante de las Indias, en cambio, hace una experiencia poco común, intentando reinterpretar la realidad del Nuevo Mundo a base del tópico de tan duradera funcionalidad de los *mirabilia* de Oriente.

RESEÑAS

